

frentarnos al fondo sentimental de las relaciones entre Elena y Abel Justiniano. Con ello se logra separar a los jóvenes del resto del mundo, encuadrándolos en un nivel especial de existencia ya que su amor, por ser auténtico, escapa a la deformación del medio ambiente donde florece.





Adolfo Couve

ματαιότης ματαιότητων
(L.XX. Ec. 12.)

Difícil, en efecto, resulta catalogar "Los Desórdenes de Junio" de Adolfo Couve. Él mismo me decía que al llevarlos por vez primera a una Editorial, se los devolvieron afirmando que su literatura era inclasificable. ¿Clasificable en qué?, tiende uno a preguntarse con asombro, ¿en dónde?, y por último, ¿clasificables para qué? Yo no soy un especialista en literatura; sin embargo, la primera vez que escuché sus relatos no pude dejar de pensar en esos "exiemplos" que leía cuando me ocupaba de la historia medieval; sobre todo, recordaba aquellos que se tejían en torno al tema de la "vanitas". Tema éste que posteriormente sintetizó la iconografía en la figura de una bella que se contempla en el espejo, mientras desde ésta la observa la realidad última de la vida: la muerta encarnada en la decrepitud física. Así también Couve crea sus personajes situándose en la encrucijada de esta profunda dualidad: la dualidad que existen entre la apariencia y lo real, entre el personaje y el hombre que se oculta tras de él. ¿Cuán distante está el hombre de la figura que le toca representar! Esta paradoja, le hace sentir, a nuestro autor, lo más profundo de la tragedia humana como histriónico. Estos seres de pantomima gustan cambiar a menudo de disfraz. ¿Dónde termina el disfraz? ¿Dónde comienza el hombre. Como el Mercutio, calzándose la careta para ir a la fiesta de los Capuletos, parece decirnos Couve: "Una máscara para otra máscara".

El artista traza sus personajes más con imágenes que con palabras, no olvida su oficio de pintor y a veces más que el rasgar de la pluma nos parece sentir el toque del pincel. Así, en una sucesión de estampas se va develando el ser. En la escena quizá no ocurre nada; pero precisamente en este "nada-ocurrir", en este tiempo sin acción se disuelve el trampantojo del "protagonista" y se enseña al hombre; el cual, como en las "fallas" valencianas, transporta su héroe sobre los hombros, sabiendo que aun cuando la cabeza de "cartón" sobresalga por encima de todos, el mundo que él ve es el que se abre por unas ranuras del disfraz, situadas a la altura del cinturón.

M. A. ROJAS-MIX

En los desórdenes de Junio

*He sabido de actores que
antes fueron despiadados reyes.*

MERIC

Historia de los Méric, hugonotes errantes y bordeleses que llevaron en sus pechos la palabra negra de Calvino y una sonrisa burlona del rey.

.....

Historia deambulatoria y muerte del viejo Méric que hizo su arribo a Valparaíso el diecisiete de mayo de 1850, de noche, considerando que aquella se presentaba con todas sus estrellas y casi sin la luna. En velero. De noche. El daguerrotipo que muestra su fisonomía contradice en cierto modo su abolengo: un grueso señor de patillas aéreas, sentado en un sillón victoriano volteando las pesadas manos ensortijadas y que deja entrever (al alcance de los comentarios) el bulto que hace el sexo bajo los pantalones. Cuando los gobiernos de Chile, Perú y Bolivia se declararon la guerra, el viejo Meric dejando caer bruscamente la servilleta se precipitó al balcón para ver las tropas que desfilaban rumbo a los campos de batalla. Entonces, no pudiendo contener la risa, daba estruendosas carcajadas motivadas quién sabe por qué detalles.

El cielo se mostró lejano y las estrellas diminutas e insignifi-

cantes. "Al inmigrante americano que es siempre la historia de una semilla". El viejo Méric tras afanosa cabalgata compró el sitio en que levantó la casa y el palmario. Con los años derribó ésta y allí construyó la segunda, de solemnes y puntiagudos techos en donde tanto el sol como las sombras se dieron cita para siempre. Murió sentado en un sillón de mimbre, el sombrero blanco en la mano y los ojos fijos en las bondades del parrón.

Quizás todo tuvo otra pesantez y lo que el daguerrotipo insinúa como el sexo no sea otra cosa que un pañuelo. Que la Cleo, el velero que le trajo, se deslizó por el puerto en una esplendorosa mañana de septiembre, y que al descender al muelle el viejo Meric sintió la grandeza de esta tierra y la vergüenza de su stirpe.

Bailó esquivo y veloz en los contornos de su chatelaine de oro el sol de América. Su acolchonada levita escarlata toda enhuinchada y ribeteada de seda, los guantes finos y el prendedor de corbata de esmaltes y perlas no hacían otra cosa que enjugar a aquel desubicado que bañado en sudor ascendía las empinadas calles de Valparaíso talladas en el polvo de los cerros.

Su equipaje consistía en dos o tres muebles de encina y media docena de miniaturas de parientes sin nombre que vestían con las tocas y cuellos de la revolución.

EL GOBERNADOR MENESES LISANDRO

(1776-1794)

Se era o no se podía. Y ser gobernador en tiempos de la Colonia significaba viajar con los sueños perturbados desde la Corte de España hasta este rincón de monumentales rocas en que la espuma se desgrana ensordeciendo playas. Esto es Chile desde el alba de los sueños. Cabeceando como digo, el galeón pesado le fue zurciendo el destino con mañanas azules de agua, confundiendo trozos de paño, gaviotas y nubes.

Lo que sí buscaba Meneses en estas tierras era desaparecer. Durante la travesía se traicionaba revisando con demasiado celo las cerraduras de sus baúles.

—“¿Cómo puedo cuidar todo esto con tal esmero”?

Y una noche en que el mástil iba de una en otra estrella el pobre tuvo que aferrarse a las jarcias porque la fiebre lo consumía.

Su ayuda de cámara no tuvo la gentileza de alcanzarle ni siquiera un vaso de agua y el enfermo se vio en la obligación de traerla él mismo diseminándola a lo largo del pasillo.

Cuando el futuro gobernador del Reyno se inclinaba ante el abismo, lloraba.

Una temporada del aprendizaje lo hizo en el castillo Lubke de Bruselas. Rememoró las tardes en que el sol se hacía permanente en el calor que después de ido, despedían las piedras. Esto era reposo y también abandono. Porque todo se quebraba cuando a las ocho en punto los criados salían centellando el espacio con candelas a buscarlo. Le hallaban bañado en sudor, la gorguera abierta y la peluca en la mano. O también se quitaba sus zapatos de tacón escarlata y en medias corría libre por los prados entre pinos que recordaban la nieve. Las volteretas de Meneses eran celebradas por

la soldadesca y por los rufianes de cocina. Estos decires o como se pretendía estas recitaciones le conmovían de tal forma que prodigaba lamentos como lobo de cuento.

Los otros licenciados que habitaban el castillo reían del futuro gobernador y una vez engrudaron un papel en su silla para que Meneses al levantarse se llevara en el trasero un cartelón profano.

Quizás ese invierno resultó un tanto extremo para la sensibilidad de Meneses. Los ataques virulentos de sus compañeros y sus continuos fracasos en materia de retórica dieron motivo a que se le llamara despectivamente: “el indiano”. El señor Lauvan su maestro de articulación y dicción, le golpeó tan brutalmente una mañana que el puntero se hizo añicos y Meneses cayó sobre el gran mapamundi abriéndolo como una naranja. Entonces Lauvan (perro negro) fingió toda suerte de improperios y reventó varias carreras de posta para hacer circular por todas las cortes de Europa el reproche al futuro gobernador. Así Meneses se presentó a los exámenes finales con una venda que le cruzaba el rostro de parte a parte. Claro es cierto que una mano severa y misteriosa cogió a Lauvan del cuello y lo sumió en la tiniebla gotereante de un calabozo de caserna.

No todo fue tragedia. Vino el mes de julio y las fiestas de verano para los licenciados. Había que pulsar la vida. Tal vez fueron los viajes estivales lo que dejó en Meneses la impresión equívoca de que en Suiza no había nieve. En Aigle, uno de los pueblos que sueñan al reflejo de esos lagos, Meneses hizo curiosa amistad con una mujer que intentaba cruzar la frontera vestida de hombre. Y cuando el gobernador en las podridas casas de barro de la calle del Rey en Santiago brujuleaba una caja de rapé con música de

cuerda, narraba aquella aventura a sus íntimos, acudiendo a menudo durante el relato a espiar si la servidumbre no escuchaba.

Aigle se vio descender una mañana repleta de cúpulas y agujas que indicaban amor de ilustre solemnidad. Meneses se replegó contra una pilastra y aspiró profundo un gran ramo de clavelinas descoloridas que apretaba en la mano.

Ni en los días más encarcelados del gobernador, cuando desde las ltejas llovía a raudales, Meneses suspiró el nombre de su amada. Porque los años de su gobierno fueron barrientos y aguados en forma. Todo el temporal cargado a las mañanas que iluminaban la cantidad sin fin del agua.

Lo que se dio en llamar: "el arrebato de Meneses" ocurrió en agosto de un año que a duras penas pudo sobrellevar la población de Santiago. Parece ser que el gobernador estaba de visita en las riberas del Mapocho. Su tricornio negro la única sombra a la redonda y la coleta perfumada, hacían una paloma inerte con la gran cinta de lazo. Las piedras y el lodo dejaron la silla de manos volteada a la orilla y Meneses embarrado hasta la cintura entró en las aguas. Los faldones flotaban, sacándose el tricornio lo lanzó fuera, el bastón de mando y rasgándose la pechera mostró su torso a las encomiendas de indios que modelaban el puente. Un capitán de la guardia disparó el potro a las aguas y cogió al gobernador de un brazo:

—¡Déjame puerco a sueldo!

—¡Señor Gobernador!

Entonces la encomienda silenciosa le arrastró como de corcho y entendieron su triste intento de convertirse en agua torrencial y veloz sin freno. Le rodearon y con cuidados sumos lo llevaron hasta la silla de manos que esta vez no sólo dos palafreneros condujeron, sino todo un pueblo compadecido.

Dicen que luego de este intento Meneses nunca más fue el mismo, sino otro más vivaz a veces, pero corrompido. Sus "veladas negras" tuvieron lugar todas las noches. ¿Qué albergaba Meneses en su pecho la mañana del suicidio? Un río y uno de aquellos asuntos peliagudos que todos ocultan.

La noche del disparate, calzado de seda, guantes a tono, y brocato de Flandes. La calesa emergió de la esquina y el gobernador con antifaz y abanico de plumas mantuvo el rostro de perfil como haciendo friso con sus cuitas al pórtico del solár. Cuando todo estuvo a punto una candela se extingió y alguien zamarreó a un mendigo muerto. La vía estaba abierta. Meneses perfumado no pudo trepar al coche. La gordura, pero sobre todo el temor a desclavar el tacón de fieltro, hizo que su ayuda de cámara le empujara con el odio con que se apoya la mano en la espalda del amo.

No sabía Meneses partir sin advertir algún detalle. Forcejeó el pestillo de la portezuela y asomando otra vez su enorme rostro todo circundado de pequeños y coquetos roscos, abundante en postizos, cintas y pasacintas con una mano diminuta y tras la frontera de la ventana agitó un guante. El sirviente puso un pie en la rueda y acercó tanto su rostro al de Meneses que ambos se tentaron de risa. El uno de los polvos, el otro de la grasa. Y partió saltando entre adoquines, inclinada la calesa.

Amor perdido, el sol te aleja.

Veraneaba la familia del gobernador en la hacienda de "El Peumo" a quince mil millas de Dichato, después de la cuesta de los Olmos, en donde el camino se bifurca terminando uno de los tramos en la hacienda y el otro en las dunas de Ocaña. Famosa zona de los melones y de la miel de bellotas. Toda aquella comarca que dicho por Meneses Lisandro era "un macizo de flores y el cielo un espejo de aguas".

Hacían el viaje en carretas de bueyes enjaezados con lirios marchitos y coronas de fresno, rosetones de hortensias y atochados y retoques de cintas de alhelí. Anhelaba la mujer de Meneses, doña Sancha Zumán del Alcántara que los toldos de lana fueran tejidos con hebras teñidas. Junto a las viandas llevaban los cubiertos de Meneses y en la humedad de una hoja gigante de parra unas cuantas brevas frescas.

El tenedor labrado y la cuchara fueron obsequio del Rey de España. No es que a Meneses le disgustara comer con utensilios y que prefiriera las manos, lo que acontecía es que este presente le traía malos recuerdos.

Estaba el Rey airado, esto tuvo lugar en Barcelona. El monarca de pie, enfundado en pieles miraba con odio a las aguas y éstas al verse humilladas en vez de levantarse agresivas se rebelaban mojándolo todo con fina llovizna. El Rey tenía el rostro vuelto a un lado y desde donde aguardaba la corte nadie escuchaba sus blasfemias que quizás eran pequeñas oraciones. Hizo llamar a un consejero que le entregó el estuche de los cubiertos y después hizo llamar a Meneses y sin decir palabra le alargó el presente. Meneses hincó una rodilla en tierra y le besó la mano que el Rey retiró con violencia. La corte le abrió paso y Meneses con el estuche apretado contra el pecho se alejó suspirando. Se volvió una sola vez, pero el Rey permanecía en idéntica actitud.

Cuando las candelas alborotaban las casonas de Santiago, mil montes y senderos lejos de España, mil bosques tupidos y mil silencios, en una de adobe, con un clavecín pintado, en medio del sarao con mistelas y pajaritos, Meneses orgulloso hacía gala de sus cubiertos que todos admiraban por ser regalo de un Rey. Y en el cristal de su copa, Meneses recordaba el molo de piedra, la llovizna del mar y también a ese monarca.

JUANSA LEONA

Cobardía de Milerres. ¡A qué rastrojar perdones! La Juansa no sabe de quién es la criatura que lleva en las entrañas. Don Cuco Milerres, ¿no serás el dueño? Sordo a los ofrecimientos de la criada en un comienzo, terminó por guardarla como a su única amante y aunque se resistió siempre a besarla en la boca, pudo ella conducir a veces sus delicadas finanzas.

Todos los teléfonos se ocupan una vez por semana para indagar: ¿estás encinta? Y por las mañanas la vocecita nueva del niño pregunta.

Juansa Leona, el óvalo de su rostro surcado de pena. ¿Por qué no pides nada? ¿A qué dejas la luz encendida durante el invierno? Lejos de aquí, en esas horripilantes caídas, abajo, en la casita, opacos los vidrios de salpicadura y torcidos a muerte la mancha oscura de los pinos. Despreciable historia. Tallada en el peligro la escala que une el precipicio con la playa prisionera. Han dejado en las innumerables cuevas restos de naufragio, ceniza, fogatas, nostalgia y mierda. Mendigos harapientos que antes la habitaron, piratas, contrabandistas, navales descalificados, una ralea de infelices entre los cuales se contaba un cantero ciego que no salía de las sombras debido a la gangrena de sus piernas, nidial de gusanos, ebrio en su lecho de vendas.

En la maternidad la Juansa Leona, el pelo abundante, cubría indiferente al niño sin nombre. Milerres, en puntillas, cruzó cien lechos de recién paridas. Los padres en actitudes indecentes cubren de besos las plantas de sus críos. Actitudes y caricias reservadas exclusivamente a las madres. San José descargó sus ternuras en el bastón que lo apoya y dejó a María todo lo referente a calzones, arrurrúes, baberos y mudas. ¿Dónde está el niño?, preguntó Milerres. Y la Juansa orgullosa desvió la mirada. Bajo las sábanas estaba. Pero ¿dónde? ¿A derecha o a izquierda? Oprimido, sepultado

bajo ese descomunal derrumbe que es el seno, mamaba el infante con fuerza.

Una pareja adinerada descendió del automóvil. Tanto ella como él lucían el desgaste que provocan los diálogos nocturnos. Pareja estéril, coleccionista, presentaron mil certificados de buena crianza y se llevaron al niño. Casa en donde el polvo es expulsado a diario, una cuna a la moda y una criatura para quien el tiempo es traidor que lo transforma en el hijo de esos reyes.

La Juansa vuelve donde los Milerres, se apoya en el lavaplatos y los enjuaga con llanto. Tocata y fuga para los que mojan sus almohadas de noche. Humillación de que se vale la vida para otorgarse de nuevo.

EL PIRATA MARQUES PINTO

Cruzado de piernas, bajo la leve brisa del mar, acodado en un barril de manzanas, tiene perdida la mirada don Pánfilo Marques Pinto, pirata portugués.

"Antes, piensa, ponía yo la vista junto al mar y sobre cubierta, pero después de la "quebrazón" sólo atino a desviarla buscando horizontes nuevos".

"*La Fuga*" se ladeó en medio de una gran crujidera de mástiles, haciendo las jarcias concierto de cámara sobre la plancha del océano.

Tenía Pánfilo tal cantidad de nombres, lugares y cicatrices que era bien probable que olvidara madre y padre. Sabía que su elegancia era en cierto modo impuesta, ya que ese cuello isabelino que le colmaba los hombros no fue escogido por él en una feria de Londres, sino que trajinado en un baúl durante un asalto. Todo, las finas botas de gamuza, la hebilla de oro, hasta un par de gafas, fueron de un grumete que perdió la vida. Hecho todo entero de ajeno, en busca de lo ajeno se fue desocupando el espíritu de don Pánfilo transformándose en un muñecón vacío. —"Incluso el alma, replicó un día, escupiendo un bollo de tabaco contra el mástil, me gustaría tenerla de otro".

"*La Fuga*" detuvo bruscamente la marcha. Los vientos esquivos no acudieron y pudo el mar mostrar una pasividad extrema permitiendo descansar a esos hombres de sus acostumbrados malos tratos. El capitán Marques ladeó la cabeza y se durmió. Un sopor espeso cargó sobre el bergantín y las velas flojas colgaban como ropa tendida. Los piratas se dieron todos a la siesta. Pero los ojos azules de Pánfilo abriéronse de golpe. Ocurríale con frecuencia que el silencio lo despabilaba. Momentos extremos que ofrenda la vida, de tanta calma y de tanto recuento. No es de suponer que voces y asaltos, tizona en mano, bajo antorchas, le vinieran a la mente. Ni su irrespetuosa entrada en los templos a caballo, ni el filo de las hojas de acero, ni la sangre entre las piedras de calabozos y

lucarnas. Esta vez fue el drama de saberse cansado y llevado en este barco dormido. Tanto bucanero a sueldo, tanta vida a su servicio. De un brinco estuvo en la campana, dando golpes feroces. Todo el mundo se levantó con miedo.

—“¿Por qué duermen perros?” —El timonel restregándose los ojos, habló del poco viento. Marques Pinto le pateó el vientre vociferando que ésta no era ocasión de sueño. Entonces hizo descender un par de chalupas y tuvo a veinte hombres remando alrededor del velero. Ordenó preparar los treinta cañones y dispararlos sin tregua, obligando a la tripulación a hacer blanco en la nada.

Pánfilo en el camarín vistió traje de gala, luciendo prendas de seis gobernadores de España.

—“¿Quién es capaz de mover a *La Fuga*?, gritó descorazonado. Todos sus hombres bajaron la cabeza, hasta que “el monje” una especie de acomodados-conciencias que tenía la tripulación, fue con una botella de ron y se la puso en los labios. Pánfilo la empujó de un sorbo, cayendo de bruces al suelo. Los vómitos ensortijaron su barba rala y la vida sólo se daba por una abertura. Giraron los mástiles haciendo la nave viaje circular y los ruidos de la brisa le calaban las orejas. Alguien lo tomó de las axilas y le condujo al comedor, pero el capitán dejó caer la cara en el plato. Entonces la marinería se dio a la borrachera. Pánfilo, gateando, quiso ponerse en pie pero sólo arrastraba su pestífera cabeza.

—¡Desnúdenme, no tolero estas ropas!

“El monje” desabotonó su justillo y el capitán semidesnudo se aferró al mástil.

Cuatro corbetas inglesas dibujaba el horizonte.

—¡Barco a la vista!

Pero sin viento no llegarían, así es que la fiesta y las fechorías, puñadas y bofetones no fueron interrumpidos.

De súbito el austro de esos mares nuevos dio de lleno en los paños y el bergantín quieto se ladeó torpe y emprendió viaje.

—“¡Vístanme de rey!” —gritó Marques y el “monje” trajo una caja forrada en badana que guardaba un traje ceremonial de un rey de Escocia. Impecable y vomitando, el portugués cargó sus pistoles de nácar: “¡Disparen, burros, tenemos al frente una escuadra!”

Era tarde, hacía mucho que todo estaba dispuesto por la Armada. Los bucaneros, sabiéndose perdidos, pero sobre todo al sentir que su capitán estaba ebrio, enarbolaron camisas blancas a los remos huyendo en las chalupas. El “monje” quiso permanecer a bordo pero tuvo presente los desaires que recibiera de Marques Pinto y acompañó a los desertores.

Entonces vino el sueño. Las velas desplagadas en ordenación exacta. El capitán de bruces con casaca de reyes y al barco solo al encuentro de una Armada.

Pero todo siguió otro curso y los ingleses al ver dos chalupas repletas de bucaneros comenzaron con ellos el combate. Cuando llegó la noche, la escuadra estaba lejos y sobre el mar desatado, flotaba a duras penas una nata de cadáveres y palos.

Al amanecer, Pánfilo Marques Pinto estaba repuesto. La mañana esplendorosa dibujaba la costa como una tajada de pan. Sólo recordaba a medias el asunto del día anterior. Una carcajada sonora se llevaron las gaviotas en sus alas. El mástil crujió vigoroso y Pánfilo clavó el timón para estar libre sobre cubierta. Tuvo la maldadosa idea de enfilar a una roca y hacer pedazos su vida. Con el catalejo ubicó el peor de los acantilados y en aquella dirección dejó dispuestas las cosas. El viento aseguraba la maniobra y Pánfilo se abrazó a las jarcias de proa. Calculó que en una hora sería astillas. Aquellos desafíos eran sólo juegos. No podía dejar la vida quien la tenía prestada.

Cuatro meses más tardes le vieron en Santo Domingo, en la taberna del “Oso que cumple”, contratando gente. Vestía de capitán de alabarderos y llevaba sobre el pecho la impecable cruz de Santiago.

ELIAS, EL MAR Y CIXCILONA

Lo que tú eres, Elías, eso cuenta... es lo que puedes, dijo Cixcilona. Elías guardaba una historia. "¿Cuándo me hablarás del mar?".

"Cuidar lo inexistente... no indagues". Cómo se pulverizan las temibles y gigantescas olas en el silencio de la noche y del día. Dijo ella: "la noche es el reino del mal" y el agua negra enjuagó áspera la tierra. Escucha: existe más allá de los confines... escucha... un acantilado salino monumental y profundo en donde la costa que es desierto hunde trozos de tierra como garras en el continuo devenir ensordecedor que humedece esos muros tan altos que sólo muestran una guarda mezquina del cielo. Quiso la casualidad o la voluntad de un hombre con estrella que en medio de la playa, abajo, muy abajo, rodeada de pinos se levantara una casita de madera. El cordón de treinta pinos oculta parte de la chimenea y casi por completo el rojo ceniza de los dos pisos y del balcón que enfrenta la tormenta. Había una vez... ¡pero Elías, a qué enguantar la mano! Dilo que dilo de mal y en travesura. ¿Por qué no empiezas aquí? Luego del quizás comience lo perfecto. ¿Y si se logra sin sentirlo? Más valor aún. Lo que pueden tus azules. El corazón es una u cerrada como la u de diluvio y no reemplaza al alma que en su afán de fuga, te lo repito, talla desde dentro los labios y completa la cara. Erase una vez esa historia. ¿No te advertí que al volver a esas playas muy avanzado el invierno es cierto, la encontré devastada y cabeceando los pájaros moribundos? Escribiría Elías al alcalde: "Muy señor mío, ciudad y cementerio". Fueron dieciocho noches sin cerrar los ojos... ¡No me violentes, Cixcilona! A lo más podría hablarte del pájaro atrapado en las profundas concavidades, su canto golpeado y abajo debatirse entre la espuma silenciosa. Le siguió una tarde el arabesco de nubes sobre la cabeza y Elías dio ruedo a su manta y bailó hasta girar el mundo entero. Cixcilona, es de amor la historia, más triste que todos esos abortos. Pues éstos son los crímenes de una mano contra una mano, de un ojo contra otro propio. Dilo mal, Elías, des-

literado. El aborto de tu padre y el tuyo son crímenes calcados. Juzga fuerte y restriega tu dulce cara asesina contra el polvo hasta igualar la del feto inocente. Logran todas las flores abrirse, es que no son hijas de ésa o aquélla, son hijas las flores de todas las flores. Más triste, Cixcilona, lo que indagas, que esos abortos sobre la mesa bajo la que circulan cien gatos. Escucha...

EL MINISTRO BLUMER

La acuciosidad de Blumer y su sentido de responsabilidad, terminó por exacerbar al parlamento. Si bien es cierto que contaba Blumer y su ministerio con la confianza de las dos ramas del congreso, esto no les impedía odiarlo.

Sus iniciativas llenaban de estupor a los senadores ya que estaban revestidas de tales subterfugios que descubrir la real intención del ministro era como deshacer elástico por elástico una pelota de golf.

Algunos observadores llegaron al convencimiento de que estos proyectos engorrosos eran una medida del ministro para ganar tiempo y poder entonces meditar los nuevos.

Los hombres del gobierno, pero sobre todo la ciudadanía, aguardaban con expectación el día de la apertura del congreso. Día solemne para la república en donde el primer ministro daba cuenta a la nación del estado de la hacienda pública. En otras repúblicas es éste un día de justificaciones y embustes, en cambio para Blumer representaba una fiesta. Todo aquello que los senadores y diputados no habían captado en los proyectos quedaba dilucidado. Por ello la ceremonia duraba a veces hasta tres días y el público apostado en las afueras levantaba tiendas y cocinas ambulantes. A medida que Blumer explicaba sus secretos, los congresales iban quedando en vergüenza siendo motivo de burla y hasta de agresión física por parte del público que ocupaba las galerías.

Al finalizar la cuenta, en medio de un gran silencio, abandonaba el parlamento. Si había algo que Blumer no toleraba eran los aplausos. Dirigiéndose en una ocasión al empavonado cuerpo diplomático, les expresó: "Los aplausos, señores, son sólo ruido de las manos". Nunca, después de esta ceremonia, invitaba a sus colaboradores a un ágape en el palacio de gobierno, porque en realidad no los tenía. Volvía directamente a su despacho, corría las pesadas cortinas y encendiendo la lamparita de noche continuaba su traba-

jo. El público, reverente, llenaba la plaza bajo su balcón y comenzaban los vítores y las salvas. Pero como Blumer no tenía la menor intención de asomarse a retribuir esas muestras de afecto, al cabo de algunas horas le lanzaban todo tipo de cosas quebrándole como era habitual los vidrios del despacho. Todo el material que habían traído para las celebraciones lo ocupaban para el ataque, ubicando los fuegos artificiales en contra de la ventana. En una ocasión ocurrió que un cohete penetró en la sala encendiendo una cortina. Sólo al amanecer la plaza estaba desierta; Blumer cerraba su enorme cartapacio, apagaba la luz y reclinándose contra el respaldo dormitaba un momento. Después, con un gesto ausente, indicaba al señor edecán que hiciera el favor de reponer esos vidrios y despejar la plaza de panfletos, globos, carteles y desperdicios.

Con el correr del tiempo pudo apreciar el país los cambios reales y la prosperidad a que lo llevó la administración de Blumer. Hizo del gobierno la única pasión de su vida llegando a extremos inconcebibles. Un día determinó que no podía perder el tiempo en ir y venir del comedor al escritorio y ordenó llevar el comedor a su oficina y más tarde los muebles del dormitorio.

Ni los ruegos del señor Gormaz, jefe del protocolo, su edecán, ni sus ministros, incluso miembros del ejército y la marina pudieron convencerlo que era desde todo punto de vista descortés e incorrecto recibir al rey de Inglaterra en aquel despacho convertido en casa de remates.

Dícese que en aquella primavera cuando el rey visitó la joven república, Blumer le invitó a su oficina y el monarca de buena gana se recostó en la cama del ministro en tanto éste terminaba con el postre.

Suspendidas las recepciones oficiales, los viajes de retribución, etc., el palacio de gobierno perdió el esplendor de otros años. Dictó Blumer una ley de ahorros en que la fiesta nacional del 28 de marzo quedó suspendida y la gran parada se redujo a una teintena

de caballos de circo que paseaban en forma sistemática durante todo aquel día por un recorrido trazado de antemano.

A comienzos del verano, después de las elecciones de alcaldes y regidores, Blumer enfermó. Su médico de cabecera, el doctor Marambio, le prohibió todo tipo de esfuerzos, obligándolo a suspender el trabajo.

Una masa oscura de curiosos repletó la plaza y permaneció a la espera de noticias. Blumer, abriendo un ojo, preguntó a la enfermera:

—Dígame señorita ¿hay gente bajo estas ventanas?

—Sí, señor, es impresionante.

—Lo suponía, aunque guardan silencio, me estorban.

Hizo colocar parlantes desde los balcones para rogar al público que lo dejara en paz. Como era habitual esto despertó el resentimiento de los ciudadanos que volvieron a la carga vociferando los peores insultos contra el mandatario. Entonces la guardia despejó a sablazos la plaza y todo volvió a la calma.

Blumer al sentir la cercanía de la muerte mandó llamar al cardenal Engola y le hizo prometer bajo juramento que le enterrarían en el más grande secreto.

Cuando Engola se acercó para tomarle las manos, en un acto de agradecimiento y en cierto modo de despedida, el ministro reaccionó gritando:

—¡No me toque Ud.!

Pero una súbita recuperación dejó a todos desconcertados y Blumer no falleció, sino que viviría veinte años aún.

Al saber el público de su mejoría se agolpó en la plaza para vitorear al mandatario. La plaza hervía de gente, todo padre llevaba sobre los hombros a un niño y las madres habían tejido largas trenzas de flores con sus iniciales. El ejército levantó entarimados en donde músicos y comediantes desplegaron sus gracias. Se organizaron concursos, y carros alegóricos desfilaron bajo sus balcones. Una des-

comunal estrella fue suspendida del cielo y cada una de sus puntas mostraba cien banderas. Aviones hicieron ruedas de humo sobre los techos y la catedral echó a volar sus campanas imitándola todas las iglesias menores. Se repartieron helados y bizcochos en grandes bandejas del ejército y el congreso en pleno vistió traje de gala trayendo todos sus miembros una antorcha en la mano.

Entonces el edecán bañado en lágrimas rogó al ministro que acudiera a la ventana. Blumer sintió que nunca le comprenderían. Se puso un viejo abrigo que usara incluso para dormir y bajó a la plaza. Al verle el público en el dintel de la puerta y no en el balcón como esperaban, se produjo un gran silencio. A medida que Blumer acudía a ellos, éstos se replegaban abriéndole una ancha vía por la que el ministro caminaba. Dos niños que quedaron rezagados viéndole cerca rompieron a llorar y sus madres salieron de las filas para arrastrarlos junto a ellas. Así fue como la plaza quedó vacía y pudo Blumer acercarse a una tarima y probar con un dedo un poco de pastel de ciruela. En tanto el mandatario volvía a palacio, la plaza se poblo de nuevo y cuando estuvo dentro el bullicio era realmente ensordecedor. Blumer entonces rogó al edecán que abandonara su despacho y corrió las cortinas con el desgano de quien se aísla de este mundo.

MONICIO

Monicio el incrédulo va cortando a su paso la sucesión de arcadas. Lleva el breviario abierto, pero recita de memoria. Como el vals de Chopin que aprendió el poeta de la bufanda de lana, sin volverlo a estudiar haciendo de los errores del latín un nuevo latín, un nuevo vals.

El padre Monicio tiene los primeros síntomas de la vuelta de las vueltas. Duda, no hay duda. Matías lo ha escogido como su confesor. Le preguntará a quemarropa cuando el santo varón lo lleve a su cuarto: "¿Cree Ud. padre?" Monicio tiene dos tarros grandes, uno con galletas, otro con pastillas. Mil pastillas de colores pegadas de tal forma unas con otras que hacen una grande. Al entrar en la pieza hay que subirse en unos trozos de felpa para cuidar el encerado. Matías sobre estos esquifes resbala con destreza. Encima del escritorio está la madre del sacerdote. La fotografía tiene todo el aspecto de ser persona muerta.

ESTERES, EL ACTOR

Esteres, el actor, de tan oficioso que era, no sabía, después de encarnar los personajes del libreto, volver al propio.

Pero la extravagancia tienen una completa explicación y es así como un día en que me dio la impresión de que el mundo no seguía, al volver la esquina tenebrosa del convento de los capuchinos, me topé cara a cara con mi antiguo compañero de colegio y hoy célebre actor. Esteres.

Tenía el cinturón cruzándole las dos puntas de un chaleco, el sombrero en la mano, un atado de guantes, gafas y bastón de nácar. No usaba zapatos sino botines y gruesas calcetas de lana. Estaba despeinado y borracho. Pero los ojos abiertos a la más endeble melancolía. Me tomó por los hombros y aunque yo iba de urgencia no le pude negar mi compañía. Cruzó su brazo regordete sobre el cuello de mi abrigo y así, a punta de caricias y empujones me llevó calle arriba. Cruzando el arrabal, por lo del Chico Mote, donde los borrachos dejan estelas en el piso y aprovechan los mendigos de juntar el aserrín de las tiendas para ensacarlos y hacer finos colchones que aislen de sus cuerpos la miseria.

Apoyando Esteres su báculo en el pecho de un "rata ocioso" despejó la calle y entramos directamente entre las casetas del mercado hasta los mesones de azulejos bruñidos donde las cocineras ambulantes descuelgan sus presas y fríen pescado, cerdo y papas. Con un gesto versallesco derribó un montón de curiosos, y me indicó una silla. Antes que yo la ocupara, extrajo de sus bolsillos un pañuelo de grandes flores malva desteñidas con lágrimas, lo puso sobre el asiento, rogándome que por favor me sentara.

Cuando el anciano comediante se acomodó a mi lado, abriéndose el cuello desató el nudo de la corbata y haciendo un distinguido gesto arrancó de sus manos con desprecio ejemplar los dos guantes. La bandada de palomas regresó en puntillas y oscureció el ambiente.

Como Esteres dormitaba ya hacía mucho pedí a un mendigo me buscara un taxi y entre ambos le condujimos al teatro. Vivía allí en un camerín destartalado, entre fotografías suyas y otras obscenas, el lavatorio y la jofaina ocultos por un biombo, las calcetas y un par de pantalones secándose al calor de una estufa. Le acosté y me senté a su lado. Como los anteojos le habían quedado a la altura de la boca, los puse en el cajón del velador. A los pocos minutos de esta situación un tramoyista daba gritos junto a su puerta: "te están esperando Esteres, tienes que entrar".

Entonces se produjo lo milagroso. El viejo se tanteó el rostro buscando sus lentes. Cuando se los puse en las manos me los arrebató con violencia y sacándose a brincos la chaqueta urgó en un armario una peluca con enorme frente de seda, un chambergo y una feroz espada. Al pasar junto al peinador, sin mirar siquiera untó una esponja y se la restregó por la cara. No alcancé a levantarme de la silla cuando lejos oí su voz diciendo: "Como tenía acordado vuestra Alteza se hará". El público al escuchar esto aplaudió cariñoso.

La joven que estaba al centro de la escena toda vestida de blanco, los dulces brazos extendidos demostraba su amor desenfrenado al monarca y éste, olvidando sus pesares creyó en sus dulces plegarias. Inconcebible historia la de esta muchacha tan joven aún que se enamoró de su tío desdeñando un sinnúmero de pretendiente de su edad.

Y el viejo monarca terminó por creer que lo amaban, pues nada le decía lo contrario. Esta boda volvió joven al anciano y ella le amó toda la vida.

GASTON DEL SEBO

Un día el rey se aburría. Entonces dijo al pintor de la corte: Hacedme, señor, un retrato ecuestre. Para ello no sólo era necesario un caballo relleno de estopa, sino que además un lacayo obediente, que posara y soportara durante largas horas el peso de las vestiduras, emblemas y condecoraciones del monarca. El rey tan sólo posaba la cabeza. Así estos retratos se han hecho célebres por tener el corazón anónimo y plebeyo y del rey tan sólo el "rostro insuperable". Por ello, Gastón del Sebo, camarero y rufián a sueldo dijo a su mujer (una partera de regular acierto) que el retrato que exhibían tenía muy poco de su señor y en cambio de él, el cuerpo entero.

De esto se desprende que los caballos levanten a perpetuidad sus patas delanteras y quieran voltear al impostor que ostenta una cabeza ajena.